

Joyas de nuestra biblioteca,

por

Luis Redonet y López-Dóriga,

Bibliotecario Perpetuo.

MI PROPÓSITO

DE haber yo nacido o de escribir allende los Pirineos, rotularía, sin vacilar, este mi estudio: *Voyage autour de notre bibliothèque*; porque usando y abusando de esa expresiva locución prepositiva, nuestros vecinos ultrapirenaicos, han viajado y viajan *autour* de todo lo más insospechado (1). Mi propósito es recorrer nuestra biblioteca, para ir entresacando de unas y otras estanterías, a fin de presentarlos a los académicos y a los demás lectores de estos **Anales**, aquellos libros que por su fecha, por su escasez, por su contenido curioso, por su primor tipográfico, por sus grabados, por su valor (no crematístico, que es factor que no me interesa), por su utilidad desconocida o poco explotada, o por cualquiera otra circunstancia de esencia o de

(1) A título de mera curiosidad, véase el siguiente muestrario que tengo anotado en mi fichero particular: Barbier (Jules et Carré): *Le Voyage autour d'une jolie femme*.—Beauvoir (Lud. de): *Voyage autour du monde*.—Besbre (P.): *Voyage autour de la maison*.—Clerc (Émile et Edouard): *Voyage autour des casernes*.—Dahl (A.): *Voyage autour de ma loge*.—Gérard (Gaston): *Voyage autour de la Chambre*.—Grangé (E.): *Un voyage autour du demi monde*.—Gruyer (A. F.): *Voyage autour du salon carré*.—Labiche (E.): *Voyage autour d'une marmite*.—Maistre (Xavier de): *Voyage autour de ma chambre*.—Mayet (Charles): *Voyage autour de l'octroi de Paris*.—Mustapha: *Voyage autour de ma tente*.—Nicaud (Julien): *Voyage autour de mon cœur*.—Rouget (P.): *Voyage autour de la Terre*.—Titayna: *Voyage autour de mon amant*, y su suplemento: *Voyage autour de ma maîtresse*.—Tourande: *Voyage autour de mon bureau*.—Wauteurs: *Voyage autour du monde en huit heures*....

vía la Corporación el homenaje público que le es debido, pues ni siquiera llegó a redactarse la necrología reglamentaria, porque encargados sucesivamente de ella D. Francisco Silvela y D. José Cárdenas, ambos fallecieron antes de haber podido cumplimentar su encargo. Pero no es la Academia de quienes escriben en cera los beneficios recibidos, sino que mantiene vivo el recuerdo de su bienhechor; y no como satisfacción de ningún agravio, ni a título de compensación con que la justicia se haga pago, sino porque así lo ofrece y quiere la oportunidad, pongo al frente de este trabajillo el retrato del donante de esas 38 joyas (**Fig. 1**), que con las tres del antiguo fondo y la del Sr. Sánchez de Toca, rompen marcha en nuestra excursión bibliográfica (8). Justo es que la efígie de Cárdenas, sin perjuicio de que ella se repita en la biografía de Presidentes iniciada en los **Anales**, encabece y presida este desfile fotográfico y descriptivo de los instrumentos que a él debemos y en esta Academia llevan su nombre. Como en su lugar, al emprender el examen de libros raros, por ser entonces momento más adecuado, habrá de honrar estas páginas la imagen de nuestro actual presidente D. Joaquín Sánchez de Toca, donante asimismo de su copiosa y valiosísima biblioteca (9).

De los 42 incunables, sólo uno (de Savonarola) carece de lugar, fecha y nombre de impresor, y otros hay—siempre los menos—que omiten únicamente alguna o dos de ta-

(8) Este retrato es reproducción fotográfica del óleo pintado por D. Manuel Ojeda para la galería iconográfica de señores presidentes, expuesta en el Salón de Juntas Públicas.

(9) Con fecha 22 de mayo de 1928, el Sr. Sánchez de Toca dirigió a los señores Secretario y Bibliotecario de la Academia, el siguiente oficio: "Excelentísimos Sres.: Obligadísimo por las grandes y constantes atenciones que he recibido de nuestra Academia, tengo resuelto corresponder a ellas de alguna manera, destinando mi biblioteca al complemento de la suya. Para cumplir este propósito, me es grato, desde luego, ofrecer en donativo una primera parte de esos volúmenes, que sucesivamente irán aumentándose en términos que su totalidad complementaria se formalice consecuentemente, y hasta, en caso de mi fallecimiento, a ello proveerán mis albaceas. Ruego a VV. EE. se sirvan enterar de ello a nuestra Academia, por si se digna aceptar lo que me honro en ofrecerle. Dios guarde a VV. EE. muchos años." En consonancia con esta oferta—vivamente agradecida por la Academia, que, a propuesta mía, tomó unos honrosos acuerdos, ya cumplimentados—, el señor Sánchez de Toca, en el mismo verano de 1928, remitió a nuestra biblioteca unos 7.000 volúmenes y 1.500 folletos, y en julio de 1934 ha hecho una segunda remesa de 4.794 volúmenes, con la hermosa estantería en que los tenía colocados. El donativo alcanza, pues, a estas fechas un total de 13.294 piezas, muchas de ellas de subidísimo valor bibliográfico.

forma, constituyen verdaderas joyas o muy estimables ornamentos de nuestro fondo bibliográfico. Es decir: los *incunables* y los llamados *raros*; siendo tanto más procedente e interesante el estudio de éstos, cuanto me contraigo en el de aquéllos al rigor que les señala como tope el año 1500 inclusive, con lo cual quedan fuera del cuadro, además de un cúmulo de libros curiosos de rancia antigüedad, los impresos en los primeros años del siglo XVI que conservan idénticas características que los incunables de fines del XV y algunos de los cuales ofrecen mayor interés bibliográfico que ellos mismos, como acontece, por ejemplo, dentro de nuestra biblioteca y según veremos en su lugar, con un *Lucrecio* del año 1515, salido nada menos que de las prensas venecianas de *Aldi et Andreae soceri*.

No sólo por razón de cronología, sino porque ha de rendirse a cada cual el tributo de su dignidad, ésta mi búsqueda y consecuente exposición, comienza por los *incunables*. Ascienden éstos a la respetable suma de **cuarenta y dos** (2), considerando como uno solo, según en efecto lo es, el instrumento que agrupa a Luciano de Samosata y a Diodoro de Sicilia, y cuidando, en cambio, de separar los que indebidamente cosidos en una sola encuadernación, constituyen incunables absolutamente distintos. No puede, pues, nuestra Academia, pedir plaza en el libro de Enrique Sparn: *Las bibliotecas con cien y más incunables.....* (3), pero sí debió tener cabida y ser en sus lugares citada, en obras, por

(2) No doy por absolutamente definitiva esta cuenta, porque, sin que yo culpe a nadie por ello, y sin duda a causa de la imposibilidad de que el académico bibliotecario haga personalmente por sí mismo y sin ayuda facultativa ni de personal auxiliar, el estudio y la catalogación de todos los fondos, es lo cierto que al encargarme de la biblioteca no estaban separadamente catalogados los incunables, ni lo estaban en forma, ni siquiera lo estaban todos. No excluyo la posibilidad de que en la penosa revisión de la biblioteca, que estoy *personalmente* realizando, aparezca todavía algún otro impreso del siglo XV.

(3) Enrique Sparn: *Las bibliotecas con cien y más incunables y su distribución geográfica sobre la Tierra. Contribución a la ciencia de los incunables y a la geografía de la cultura.*—Córdoba, 1927 (Imp. "Coni", Buenos Aires). Seguramente gustará a mis lectores saber que la primera biblioteca de todo el mundo en número de incunables, es la *Bayerische Staatsbibliothek*, de Munich, que posee 16.000, superando en 6.000 a la que le sigue, que es la de París, con 10.000. En España, las ciudades más acaudaladas son Madrid, Sevilla y Barcelona. La única Academia española que custodia más de 100 incunables es la de la Historia.

ejemplo como las de Hæbler: *Bibliografía ibérica del siglo XV* (4) y *Tipografía ibérica del siglo XV* (5), con tanto más motivo cuanto que el gran bibliógrafo alemán nos dice que rebuscó durante muchos años hasta en los más escondidos rincones, incunables españoles, y excitó el estímulo de los aficionados para que le ayudasen con su colaboración. Impreso el segundo de esos libros el año 1902 y el primero en 1903-1917 (con el prólogo fechado en Dresdem el 29 de octubre de este año), y constando los incunables **Cárdenas** en nuestra biblioteca desde el año 1898, y los del antiguo fondo desde mucho antes, no había motivo, aunque quizá no sea la culpa de Hæbler, para que la biblioteca que hoy regento fuera omitida en la relación de las que poseen tales y cuales incunables. Y ello acontece, sin embargo. De Diego de Muros, describe Hæbler, dos incunables, ambos del año 1447: uno de ellos (*la Exortacion*), impreso en Roma, y no en Valladolid, como creyó erróneamente Copinger en el *Supplementum al Repertorium*, de Hain, y el otro (*Panegyris de obitu Johannis Hispaniæ principis*), impreso efectivamente en Valladolid; pero no dice ni palabra del incunable de Muros (Murcia, 1488) de nuestra colección, porque no conoce ni aun sospecha su existencia. Pues todavía es más sensible lo que acontece con D. Alonso de Cartagena. Se trata de la preciosa edición del *Doctrinal de los Caballeros*, impresa en Burgos por Juan de Burgos, el año 1497; la describe perfectamente Hæbler (núm. 126, pág. 55, de su *Bibliografía*, parte 1.^a); dice en 1903 que ella consta en la Biblioteca Nacional, en la Academia Española y en la Universidad de Valencia, y añade en 1916, que también existe en las Universidades de Barcelona, Salamanca y Valencia y en la Biblioteca Provincial de Mallorca, y no incluye, ni aun en esta segunda fecha de 1916, a la Biblioteca de nuestra Academia entre las poseedoras de esa segunda o tercera edición española del *Doctrinal*, aun-

(4) C. Hæbler: *Bibliografía ibérica del siglo XV. Enumeración de todos los libros impresos en España y Portugal hasta el año 1500, con notas críticas.* La Haya-Leipzig, 1903-1917.

(5) C. Hæbler: *Tipografía ibérica del siglo XV. Reproducción, en facsimile, de todos los caracteres tipográficos empleados en España y Portugal hasta el año de 1500, con notas críticas y biográficas.* La Haya-Leipzig, 1902.

que tenemos la fortuna de contarla entre nuestros incunables. En una palabra: que el Sr. Hæbler, diligentísimo y meritísimo investigador, no nombra ni una sola vez, que yo sepa, a la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Pues aunque estos apuntes míos sólo llenasen la finalidad de dar a conocer la riqueza oculta de nuestra biblioteca y la de imposibilitar que futuros publicistas prescindan de ella en sus estudios, que luego se difunden por todos los centros bibliográficos del mundo, no habría resultado baldío el esfuerzo que voluntariamente me impuse en servicio de la Corporación (6).

Menos cuatro de nuestros incunables (tres de ellos procedentes del antiguo fondo de la biblioteca (7), y uno del reciente donativo del Sr. Sánchez de Toca) todos los demás, es decir: 38 de 42, proceden de la riquísima biblioteca legada a la Academia por su benemérito presidente D. Francisco de Cárdenas, a quien, por cierto, no ha rendido toda-

(6) Después de redactado y enviado a la imprenta mi original con sus notas y de compuestas y tiradas las galeradas, intercalo, al corregir éstas, la presente nota, corriendo la numeración correlativa de las siguientes, a fin de decir que el día 20 de mayo (1935) recibo, como bibliotecario de la Academia, una carta circular de Alfons Adams, Presidente del Centro Germano Español, en la que me pide le indique el número de incunables existentes en nuestra biblioteca, al efecto de coadyuvar a la confección de un Catálogo General de Incunables, que está llevando a cabo una Comisión oficial en Berlín. Aunque no me indica el Centro Germano el título alemán de esta publicación, bien entiendo que se tratará del *Gesamtkatalog der Wiegendrucke. Herausgegeben von der Kommission den Gesamtkatalog der Wiegendrucke* (Leipzig, Verlag von Karl W. Hiersemann, 1925, 1934,), obra monumental, honra de la Alemania de la post-guerra, de la que hoy van publicados seis volúmenes (comprensivos hasta la palabra *Confessione*) y que tengo muy consultada y estudiada, aunque poco utilizada, por estar ella en sus comienzos. Empieza, pues, a entrar en juego nuestra biblioteca, y, dada la fuerza de difusión que en todo orden de cultura tienen las iniciativas alemanas, es de esperar que en lo sucesivo ocupe nuestra Corporación el lugar que su riqueza bibliográfica demanda.

(7) Desde que soy *custos bibliothecæ* cuido mucho de consignar en el *Libro Registro* que he establecido —y que antes no existía— la procedencia (compra, cambio, donativo.....) de todos cuantos libros y folletos entran en nuestro fondo; pero como en los primeros tiempos no se hacía ella constar en parte alguna, ignoro el origen de esos tres incunables, que llamo de nuestro antiguo fondo, porque no son de Cárdenas (el inventario de cuya donación se guarda cuidadosamente), porque uno de ellos, el *Solinus* (Britanicum, 1498), obra ya en el viejo *Catálogo de la Biblioteca de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, Madrid, 1864 (*Segundo Suplemento*), como adquirido inmediatamente después de dicho año 1864, puesto que consta en este Suplemento, hecho después de la impresión del Catálogo, pero todavía bastante a tiempo para ser adicionado a él, con paginación correlativa; y porque los otros dos, un *Estrabón* y un *Macrobio*, son también anteriores al legado Cárdenas, si no me engañan detalles, puramente externos, de colocación y catalogación.



Fig. 1. — D. Francisco de Cárdenas, donante de su biblioteca.

les circunstancias; pero sin entrar de momento en la determinación supletoria de ellas, porque no todo ha de decirse en estas líneas preliminares exclusivamente encaminadas a dar una impresión de conjunto que permita exponer mi desig-
 nio, importa decir aquí—una vez salvadas mediante los modernos procedimientos de identificación esas aludidas faltas—, que fuera del mencionado incunable de Savonarola y otro de Alejandro VI, Papa, que ofrecen dudas que en su sitio procuraré solventar, todos los demás pueden clasificarse, por localidades y fechas, en la siguiente forma. Dos de *Brescia* y ambos de 1498: uno de *Burgos*, del año 1497: uno de *Cremona*, de 1492: uno de *Chivasso* o *Chivazza*, de 1486: uno de *Estrasburgo*, de 1472 a 1475, según creo: tres de *Florenzia*, de 1485, uno, y de 1492 los otros dos: uno de *Heidelberg*, de 1489: uno de *Murcia*, de 1488: uno de *Nuremberg*, de 1496: dos de *Roma*, de 1471 y 1494: uno de *Sena*, de 1493: dos de *Tarviso*, de 1474 y 1480: uno de *Toledo*, de 1500: diecinueve de *Venecia*, de 1472, 76, 78, 84, 84, 85, 85, 89, 90, 92, 93, 94, 94, 94, 96, 97, 98, 99 y 500; y tres de *Vicenza*, de 1475, 1482 y 1497. Prescindiendo de circunstancias de adquisición que facilitaron al Sr. Cárdenas el lote de incunables que pasó a nuestra biblioteca, a nadie sorprenderá que de tal suerte predominen los italianos, y dentro de ellos los venecianos, si sabe o recuerda que en toda Italia y peculiarmente en Venecia, como consecuencia, entre otros factores, de la protección de los Sumos Pontífices (sobre todo Eugenio IV y Nicolás V) y del resurgimiento de los estudios clásicos (patrísticos y profanos) que llegaron a constituir una verdadera preocupación nacional, la Imprenta, no sólo como industria, sino también como cauce del impetuoso torrente de un humanismo originario de abusos debidamente condenados, alcanzó en seguida un desarrollo extraordinario, superior al de la propia Germania. Con justo orgullo recoge Giuseppe Fumagalli (10) del catálogo de Proctor (11) los siguientes ex-

(10) *Bibliografia. Rifacimento e ampliamento del "Manuale di Bibliografia" di Giuseppe Ottino*. Quarta edizione, riveduta e arricchita da G. Fumagalli e Olga Pinto. Ulrico Hoepli, Milano, 1935.

(11) *Catalogue of books printed in the XV century now in the British Museum*. London, 1908 y ss.

presivos datos. En el siglo XV, tenían imprenta 51 ciudades alemanas: 39 francesas: 24 españolas: 14 holandesas: 8 suizas: 7 belgas y 73 italianas. Las ediciones italianas publicadas en el mismo siglo, catalogadas en Proctor, son 4.157, mientras no logra anotar sino 3.232 alemanas, y 998 francesas. Y Venecia fué por espacio de mucho tiempo el principal mercado librero del mundo. Aunque cualquiera—yo mismo—pudiera hoy rectificar con nuevas aportaciones la cuenta de Proctor, será siempre inatacable la proporción que pone a Italia en cabeza de las naciones productoras de incunables.

Habiendo en nuestra colección algunos incunables de subido mérito tipográfico y señalada rareza, o no puso en ellos nada de su parte la mano de sus primitivos poseedores para darles o conservarles carácter y para enriquecerlos con una labor necesariamente complementaria, o puso, por lo general, algo tan desdichado, que lastima los sentimientos de cualquier bibliófilo. Porque sabido es —y ello constituye una de las características de los primeros incunables— que a fin de imitar en lo posible a los antiguos códices, se omitían, al comienzo de los libros, capítulos y divisiones, las que se llaman letras iniciales o capitales (el florentino Alopo fué el primero que hacia 1494 empezó a usarlas impresas), cuya omisión tenía por objeto, con vistas a la finalidad indicada, dejar en blanco, muy crecido y con indicación de pequeñas letras minúsculas o sin ella, el espacio que los calígrafos o rubricadores (de *rubricare*, *rubrum facere*, pintar en rojo) debían llenar a mano, dibujando las letras que faltaban. Pues así como en otras bibliotecas existen incunables hermosísimamente iluminados con estas letras por verdaderos artistas miniaturistas, en la nuestra sólo en contados casos aparecen letras trazadas con mediano gusto o elemental discreción, y en otros, los más, o fueron profanados los impresos con iniciales sencillas, pero horrendas, de pésimo pendolista desconocedor o menospreciador de lo que tenía entre manos y atento únicamente a completar el texto, o permanecieron en blanco los espacios, que es, sin duda, un mal menor. Pues también es poco afortunado nuestro lote en materia de encuadernaciones. Prescindiendo de la mala costumbre, muy

censurada por mi maestro D. Rafael de Ureña (y fatal en punto a incunables) de encuadernar conjuntamente libros distintos formando volúmenes de miscelánea, hecho que se da, según ya sabemos, con algunos de nuestros instrumentos, es lo más triste que se pueden contar con los dedos de las manos los que ostentan encuadernación de la época, y que aparte de otros que fueron impropia pero decorosamente encuadernados en pergamino o en piel, el resto constituye un verdadero desastre, pues unos están en vulgar holandesa de papel o tela, otros simplemente encartonados al aire, y todavía quedan dos en rústica, o sea sin encuadernar o empastar, con la liviana protección de un papel por toda cubierta. Nada diré en sus respectivos lugares sino de aquellas encuadernaciones que por alguna circunstancia lo merezcan.

Para el estudio que emprendo, cuatro principales criterios se me ofrecían en punto al orden. El *alfabético* de autores, peculiar de Diccionarios, Repertorios, Catálogos, Índices e Inventarios, e insustituible para ellos. El *cronológico*, que empezando por el más cercano a la cuna, permitiría conocer fácilmente la curiosa evolución en cuanto al rápido perfeccionamiento de los impresos en el transcurso de medio siglo escaso. El *geográfico*, que atendiese exclusiva o primordialmente a las distintas poblaciones en que fueron confeccionados, y dentro de ellas a la nomenclatura de los tipógrafos que los sacaron de sus cajas. El que pudiéramos llamar *histórico-literario*, que prescindiendo (dentro del limitado espacio de tiempo en que rigurosamente puede hablarse de incunables) del año, de la localidad y del impresor, los ordenase según los autores con sujeción al consabido escalonamiento de clásicos griegos y latinos y escritores posteriores a estas primitivas manifestaciones de la cultura, guardando, dentro de esta clasificación, el orden de antigüedad entre ellos, y tomando el concepto de clasicismo en su más amplio sentido. Aun con ser el menos propio de un bibliotecario que no presuma de humanista, me he decidido, al fin, por este cuarto método, como más adecuado al carácter que quiero dar a estos apuntes. Porque huyo de hacer un simple catálogo o muestrario árido de

fichas bibliográficas y hasta de una mera descripción técnica de los incunables, siquiera cumpla con las reglas fundamentales de su catalogación, de suerte que sin más datos que los consignados, se pudieran ellos catalogar en forma. Aspiro a que mi estudio—más bien charla o disertación—sea algo menos ingrato y externo y que más penetre en la entraña de cada instrumento, a fin de conocerle bajo todas sus facetas, tanto literarias y sociales, como tipográficas. Lo cual no quiere, naturalmente, decir, que mi comentario pretenda expresar nada nuevo sobre los autores cuyas obras merecieron ser recogidas por las prensas del siglo XV. Fuera pretensión risible la de querer yo añadir algo desconocido o de nueva estimable apreciación, sobre un Herodoto, un Luciano, un Tibulo, un Savonarola, un Petrarca, un Bocacio, Mas no por ello dejaré de consignar aun sobre ellos mismos, algo que no invento, pero que expongo nuevamente aderezado o que extraigo de datos o noticias dispersas o recónditas o que, siempre para la mejor inteligencia del incunable, fluya espontáneamente de mi pluma en recuerdo de pretéritos aprendizajes o como fruto de posteriores lecturas. Y como en los proemios, dedicatorias y epístolas de los intérpretes, y en su caso traductores de los textos, se expresa lo que hicieron o pretendieron hacer y se encuentran otros datos concernientes al fondo y a la forma, claro está que mis investigaciones *cum commentariis*, tenderán también a dilucidar quiénes fueron esos personajes sin los cuales no hubiera surgido la obra o fuera ella cosa distinta de lo que es. También será preciso hablar, alguna vez, del incunable precedente y del subsiguiente de la misma obra, o del número de incunables conocidos de cada autor, o de cualquiera otra circunstancia que por comparación, exclusión, complemento u otro elemento de juicio, sea provechosa para rectificar algún error o para mejor conocer, *situar* y valorar científica o bibliográficamente el impreso de que se trate.

Y con esto, paso sin más preámbulo, al examen de nuestros incunables, recordando al lector a quien parezcan excesivas las *notas* y sienta pesadumbre y fatiga por ellas, que la naturaleza de mi trabajo requiere algún aparato bi-

bliográfico que justifique mis afirmaciones y comentarios y facilite medios de investigación y de comprobación al que guste de puntualizar más de lo que yo puedo hacerlo o persiga el laudable propósito de criticar lo que yo digo.

INCUNABLES

I. — HERODOTO

Es el primero que se nos ofrece, uno del *patris historiae*, **Herodoto** de Halicarnaso, de quien además de las traducciones a los distintos romances y lenguas modernas, existen tres clases de primitivas ediciones impresas: las griegas, las latinas y las grecolatinas. Pero no fué griega, sino latina — naturalmente traducida del griego —, la más antigua de todas: la que en 1474, compuesta en Venecia por el galo Jacobo o Jaime Rubeo (*Le Rouge*), tradujo el eruditísimo (*virum eruditissimus*) Lorenzo Valla (1407-1457), cortesano y minucioso cronista de los reyes de Aragón (12) y gran crítico teólogo y humanista, que además de Herodoto tradujo a Homero, a Tucídides y a otros clásicos griegos (13). La primera edición griega de los nueve libros de Herodoto

(12) *Historiarum Ferdinandi regis Aragoniae, libri tres.* (Paris, Sim. Colinaeus, 1521.)

(13) Aunque no suscribamos en absoluto el elogio de Lorenzo Zeno, arzobispo de Spalatro, que afirma en una de sus cartas, haber sido Valla el hombre más docto del mundo, ni admitamos a ojos ciegos otros elogios que el mismo Valla recoge y nos transmite en su *Invectivarum contra Poggium*, bastaría para apreciarle en su medida, el testimonio de Erasmo de Rotterdam, que, en una larga epístola (Ep. CIII), demuestra que a Valla se debe en gran parte el resurgimiento de la literatura y de la crítica. Y por lo que toca a su labor como traductor e intérprete de los clásicos griegos y latinos, en la forma que era de esperar en el autor del tratado *De elegantia linguae latinae, libri VI*, son concluyentes los Repertorios e Inventarios referentes a la decimoquinta centuria, y nos habla con elocuencia decisiva un grabado a que he de referirme más adelante. Además de cuanto se dice en obras posteriores y en vulgares enciclopedias y diccionarios acerca de Valla, no deje de consultar, quien quiera conocer al personaje, estas tres obras, que cita Oettinger en libro a que más tarde he de referirme: Helwing (Christian Friedrich): *Programma de iis quae ad L. Vallae vitam et statum pertinet* (Lemgov, s. l., vers. 1570); Poggiali (Christofero): *Memorie intorno alla vita ed agli scritti di L. Valla*.... [s. l. ni f.] (Piacenza, 1790); Wildschut (Jacob): *Disertatio de vita et scriptis L. Vallae* (Lugd. Bat., 1830). Y me parece que a nadie hará cambiar de juicio acerca de Valla, el hecho, real o inventado por su enemigo Poggio (de quien hablaré en su lugar), de haber sido aquél sometido a proceso y condenado por la Inquisición, sin que el favor de Alfonso V lograra librarle de una buena azotaina.

no es sino del año 1502, impresa asimismo en Venecia por Aldo Manucio, el inmortal impresor y culto humanista especialmente consagrado a divulgar los clásicos griegos y latinos (14). Es esta edición de 1502, según Brunet, una de las mejores que publicó Aldo entre las obras griegas, y cuenta que las prodigó hasta el punto de poder imprimir en 1498, bajo el título *Liber græci impressi*, una hoja en la que los distribuyó en 14 artículos divididos en cinco clases: Gramática, Poética, Lógica, Filosofía y Sagrada Escritura. Cuesta trabajo sujetar la pluma para no decir nada de Aldo Manucio la primera vez que aparece su nombre en estos apuntes, pero como hemos de encontrarnos con él directamente al estudiar un incunable que tenemos, de Policiano, y también según ya indiqué, al tratar de uno de nuestros libros *raros*, quede para entonces lo que ahora pudiera y quisiera referir sobre tan insigne tipógrafo.

Con la afirmación de que este impreso de 1502 es el primero griego que se conoce de Herodoto, queda dicho que no hay *incunable* alguno griego y fluye la obligada consecuencia del mayor aprecio de la edición latina de 1474. Dos ejemplares de ésta guarda la Biblioteca Nacional: el I-1.016 y el I-2.121. Ambos, de letra redonda, constan naturalmente, de los mismos folios, no numerados; 259 según afirma Hain (15), y yo he comprobado, y no 258 según dice Ebert (16), ni 261 según cree Brunet (17), incluidos en la cuenta los cuatro folios que ocupa una carta-dedicatoria de Brognolus (con quien hemos de encontrarnos más adelante),

(14) Aunque es copiosa la bibliografía veneciana de carácter general, en la que el lector puede darse cuenta de la labor helenista de Aldo Manucio, por ejemplo: *L'Art de l'imprimerie à Venise* (Venise, 1895-96), de Ongania, Le Monnier y Castellani, y la *Bibliografia storico-analitica dell'Arte della Stampa in Venezia*, de Pastorello (editada por la *Deputazione di Storia Patria per le Venezie*, 1933), debe consultarse peculiarmente el libro de A. F. Didot: *Aldo Manuce et l'hellenisme à Venise* (Paris, 1875), y sin perjuicio, todavía, de alguna otra obra, cuya cita me reservo para el lugar posterior a que me refiero en el texto, también es oportuna ahora la del interesante trabajo de H. Omont: *Catalogues des livres grecs et latins, imprimés par Aide Manuce, à Venise (1498-1503-1515), reproduits en phototypie* (Lib. H. Champion, Paris).

(15) *Repertorium bibliographicum, quo libri omnes ab arte inventa usque ad annum MD typis expressi ordine alphabetiis enumerantur vel accuratius recensetur*. (Stuttgart, Cotta, 1826-38.)

(16) *Allgemeines Bibliographisches Lexicon*. (Leipzig, 1821-30.)

(17) *Manuel du libraire et de l'amateur de livres*. Quatrième édition originale, entièrement revue par l'auteur..... (Paris, Silvestre, 1842.)

que en el ejemplar n.º 1.016 va al principio, y en el 2.121 al final; variante que con referencia a unos y otros ejemplares ya observa Graesse (18). El 1.016 de la Biblioteca Nacional (procedente de la de Gayangos) está falto del folio 1.º y tiene las márgenes muy recortadas o está impreso en papel de menor tamaño, aunque la caja de impresión es la misma; pero en cambio tiene trazadas a mano, con no escasa pericia, en azul y en rojo, alternando, las letras capitales, así como indicada en la misma plana, a la cabeza de cada folio, la numeración de los distintos libros. El ejemplar 2.121, encuadernado a mayor tamaño, está completo, pero nadie se cuidó de dibujar a mano las iniciales, con lo que continúa en blanco el espacio reservado para cada una de ellas, sin más que las pequeñas minúsculas impresas según la conocida típica característica de los primeros incunables. Y quede, por último, dicho, que cometió este de 1474, la errata muy visible y fácilmente subsanable, de llamar *septimus* al *Liber octavus*, en el respectivo encabezamiento del texto.

No ha sido del todo caprichosa la relativa prolijidad y aparente digresión con que me detuve en el examen que antecede, porque el incunable que poseemos en nuestra biblioteca (procedente de Cárdenas) y en cuyo estudio entramos desde luego, no es, según Graesse, sino reimpresión del examinado de 1474, por lo que sólo la dedica una cita o referencia de pasada, en menor tipo de letra. Prescindiendo de que mejor dicho estaría *edición* que *reimpresión*, me parece que de igual suerte que le aconteció a Brunet, según el cual *tiene poco valor* (!), no la conoció Graesse *de visu*, ni aun la supo apreciar a través de la detallada descripción técnica que muy mercedamente hizo de ella Hain en su *Repertorium* (núm. 8.472). Es, en efecto, una nueva edición de la traducción de Herodoto hecha por Lorenzo Valla, pero ordenada por Antonio Mancinello e impresa por distinta casa tipográfica, carente de la epístola de Brognolo y en todo desemejante al incunable de 1474, por lo que, según dejo

(18) *Trésor de livres rares et précieux, ou Nouveau Dictionnaire Bibliographique*. (Berlín, Josef Altmann, 1922.)

dicho, resulta erróneo suponer que se trata de una simple reimpresión. Presenta, el que nos pertenece, caracteres y detalles tan genuinos, que le distinguen y caracterizan hasta el punto de hacerle de mayor estima bibliográfica que su antecedente, a pesar de su fecha posterior y aun dando de lado su mayor patente belleza material, de la que en seguida hablaré.

Se trata de un volumen en folio, papel sin filigranas, compuesto de 8 hojas preliminares sin numerar y 134 numeradas, a línea corrida, letra romana o redonda, 44 ó 45 líneas por página llena de 241 × 150 mm. de medida, con signaturas (Aii-Aiiii: aii-xiii), sin reclamos, con notas o apostillas marginales indicadoras del texto, dividido éste en libros con indicación de cada uno de ellos en la cabeza de las páginas, con registro, sin escudo ni marca de impresor y con el lugar para las letras capitales indicados por pequeñas minúsculas impresas, menos al *Liber secundus*, pero no dibujadas a mano. En el folio 1.º (sin numerar) de los preliminares, el título: **Herodoti Halicarnasei, Libri Novem**, y debajo, en las nueve sucesivas líneas independientes, la expresión de cada una de las musas aplicable a cada libro. **Clio Liber Primus || Euterpe Liber Secundus || Thalia Liber Tertius || Melpomene Liber Quartus || Terpsichore Liber Quintus || Erato Liber Sextus || Polymnia Liber Septimus || Vrania, Liber Octauus || Calliope Liber Nonus**. En el folio 2 a (innumerado pero con la signatura tipográfica Aii) la *Tabulæ Herodoti*, alfabética y a cuatro columnas, que termina (*Finis Tabulæ*) al folio 8, r. (8, a.) de estos preliminares. En el verso (8, b.) la dedicatoria de Antonio Mancinello al canónigo Nicolás Rubeo. Esta epístola está suscrita en Venecia el día 3 de abril de 1494. En el folio 1 de los ya numerados (aunque por razón de composición y dibujo se omite la cifra) empieza, sin encabezamiento especial, el libro primero. El *Liber Secundus* comienza en el folio xviii; el *Tertius*, en el xxxvi; el *Quartus*, en el lii; el *Quintus*, en el lxxviii; el *Sextus*, en el lxxix; el *Septimus*, en el lxxxxi; el *Octauus*, en el lxi; el *Nonus*, en el cxxiii. (Al fin: folio cxxxiii). **Herodoti Halicarnasei patris historiæ traductio e graeco in latinum per virum eruditissi || mum Laurentium Valensem. Venetiis impressa per Ioannem & Gregoriũ de**



Fig. 2. — Herodotus, *Historiæ* (folio 1, hoja 9).

Gregoriis || Fratres. Anno domini Mccccxciii. die Viii Martii. Y a continuación el *Registro* o índice de las palabras con que empiezan los cuatro primeros folios de cada pliego o cuaderno de ocho.

El aludido folio 1.º (**Fig. 2**) consta de 14 líneas (incluidas las dos del *Incipit*), encerradas en una bellísima orla xilográfica completa, con motivos ornamentales sobre fondo negro y con tres dibujos de figura, que según apreciación de los técnicos constituye la página más hermosa de la decoración de un libro en el Renacimiento italiano (19). Supongo que alguien habrá tenido la curiosidad y se habrá tomado la molestia de estudiar lo que representa cada uno de esos tres dibujos, pero yo, con mis limitados instrumentos de trabajo, no he topado con nadie que lo hiciera, aunque algunos de los autores que manejo no omiten la explicación de otros dibujos que no ofrecían ciertamente ninguna dificultad de interpretación. Así, por ejemplo, lo hace G. Fumagalli con un dibujo (que reproduce) del *Plinio*, de Spira (Venecia, 1469) y con otro de la *Doctrina del Beato Lorenzo Patriarcha della Vita Monastica* (1494), que copia, según nos dice, el retrato, muy finamente grabado, del propio beato Laurencio, tomado de un cuadro de Gentile Bellini (20). Pero el mismo Fumagalli, que tanto en su *Lexicon* como en su *Bibliografía*, nos ofrece reproducida la notabilísima página de nuestro Herodoto, calla respecto al significado de sus dibujos. Sólo, pues, como impresión personal, diré lo que acerca de ellos pienso.

En el dibujo del óvalo de la cabeza de la orla, mero capricho del dibujante, aparece un sátiro, barbado al estilo de Saturno, que se dispone a sacrificar un carnero. El dibujo central, encerrado dentro de la orla, representa, sin duda,

(19) Llamo *completa* a la orla, porque antes del *Apianus* impreso por Ratdolt en Venecia el año 1477, que fué el primer libro que contiene una página encuadrada por los cuatro lados o márgenes, el dibujo no solía ocupar sino dos o tres, quedando abierta por una de las cabezas o por uno de los costados o por una de aquéllas y uno de éstos. Son muchos tales incunables, que he visto directamente o reproducidos por el grabado, y entre ellos el *Plinio* a que me refiero en seguida.

(20) G. Fumagalli: *Lexicon typographicum Italiae. Dictionnaire Géographique d'Italie pour servir à l'histoire de l'imprimerie dans ce pays.* (Florence. Leo S. Olschki, 1905.)

al dios Apolo como presidente de las musas, coronando a Herodoto mientras éste escribe la Historia. Aunque en una edición veneciana de las Obras de Salustio (del año 1496) hay un grabado, también en madera, y *à tratto*, en el cual aparecen el propio historiador Salustio en el centro, a su derecha (izquierda del lector) su traductor Juan Bri (*Ioannes Brbi*) y a su izquierda su otro gran traductor Lorenzo Valla (*Laurentius*), que de igual suerte que el Bri, está sentado a un pupitre semejante al de nuestro incunable y también con una máscara en el frontis, y junto al cual, y en contemplación de Valla, se yergue otro personaje, en composición y dibujo muy semejantes a la obra que comento, me parece indiscutible que ahora no se trata de Valla coronado por un Apolo tardío y redivivo, sino del autor Herodoto, merecedor de la clásica corona de laurel que el dios va a colocar en sus sienes, y cuyo retrato o efígie se dibuja, como ocurre en otros impresos con sus respectivos autores, según acabo de decir con referencia a Salustio y veo en un *raro* que tengo sobre la mesa, y en el cual aparece el obsceno poeta *Pacificus Maximus d'Auscolum* (edición de 1523), que aunque coronado de laurel, tiene un no sé qué de animal bicorne en su cabeza y en su fisonomía barbuda, y se sienta a un pupitre cuyas patas terminan en pezuñas de sátiro. Mas el dibujo del pie de nuestra orla es el único que de veras me ha intrigado, y del cual no me atrevo sino a indicar la sospecha de que alude a las *Parcas* (21). No deja de ofrecerse serios reparos esta interpretación, no ya porque las *Parcas*, contra lo que acontece aquí, fueran viejas y feas en pura mitología y general representación de los artistas de la pluma, del buril, del lápiz y del pincel, puesto que no faltan quienes las describen, esculpen y pintan jóvenes y guapas, sino porque no hay motivo aparente para vestir a Láchesis y a Átropos, dejando desnuda a Clotho, porque las iniciales S. C. P. I. del dibujo, aun elegidas tres de ellas, no responden a la nomenclatura latina de esas tres diosas, y por otros muchos detalles de composición y de

(21) Así lo piensan también, a la vista de la fotografía, mi viejo amigo D. Elías Tormo y los ilustres helenistas, también amigos míos, D. Daniel García Hughes y Mr. Viellefond.

factura, largos de razonar, pero que no escaparán a la percepción del perito en mitología. Es pues obligada la mayor reserva; pero la sucesiva exclusión de otras interpretaciones que tengo emborronadas, no deja en pie sino ésta, que en caso alguno podrá tacharse de disparatada, teniendo en cuenta que *la historia* de Herodoto (aunque en menor escala que la de Diodoro, por ejemplo), a diferencia de la que más tarde predominó y a semejanza de la que hoy busca, bajo el apelativo de historia interna, una evolución en el arte de historiar, metió en su relato todo cuanto de un modo más o menos directo, incluso fabuloso, se relacionaba con la vida humana, de igual suerte que lo hicieron las historias de todos los primitivos griegos y latinos. Como muy acertadamente dice Hoefer (22) y notará quienquiera que las conozca, en aquellas historias antiguas entraban la mitología, la moral, la legislación, la teología tal como entonces se entendía, las letras, las ciencias....., la mayor multiplicidad de materias. Y siendo ello así, bien a punto se puede traer en nuestro grabado una alusión, representación o alegoría de *la vida humana*, pendiente, según es sabido, de la acción benéfica o maléfica de las Parcas.

Fuera el propio Herodoto quien impuso el nombre de las musas a los libros de su Historia, según afirman algunos y entre ellos el jesuita Bartolomé Pou, que así lo deja entender en el prólogo de su traducción (23) y lo afirma en nota del texto al escribir el nombre de Clío a la cabeza del primero; o fueran, según dice el samosatense Luciano en su *Herodoto vel Eetione*, los oyentes en los juegos olímpicos ante quienes hizo su primera lectura Herodoto, los que entusiasmados dieron el nombre de las musas que eran nueve, a los libros, también nueve, en que el historiador había dividido su obra (24); o se debiera la honrosa nomenclatura

(22) *Bibliothèque Historique de Diodore de Sicile*. Traduction nouvelle, avec un préface, des notes et un index, par M. Ferd. Hefer. (Paris, Charpentier, 1846.)

(23) *Los Nueve Libros de la Historia de Herodoto de Halicarnaso*, traducida del griego al castellano por el P. Bartolomé Pou (Biblioteca Clásica, tomos VI y VII). Madrid, Hernando, 1919, 1926.

(24) De Herodoto ex eodem Joachimo Camerario..... Quum autem tene-retur Halicarnasus a Lygdamide tyrano nepote Artemisæ reginæ Cariæ, fecisset Herodotus in Samum insulam: atque ibi lingua Ionica historiam mag-

de que se trata, a los críticos alejandrinos que tan decisiva influencia ejercieron en su tiempo, importa a mi propósito consignar que este nuestro incunable es el primero latino, que yo conozca, en que se nombran las nueve musas como presidentas de los respectivos libros, aunque únicamente en el referido folio (a. tit) y no en el encabezamiento de cada uno de ellos en el texto. Por de pronto queda visto que en el incunable de 1474, edición primera latina de que se tiene noticia y del cual es simple reimpresión el nuestro según equivocado supuesto de Graese, no aparece en ningún sitio el nombre de las deidades hijas de Júpiter o de Urano y protectoras de las ciencias y bellas artes.

En su epístola dedicatoria al canónigo Rubeo, le dice Antonio Mancinello, confeccionador de esta edición de 1494, que los impresores, sin duda los de 1474, habían corrompido en gran parte la Historia de Herodoto trasladada a elegantísima prosa latina por Lorenzo Valla, y que por ello, Gregorio de Gregoriis, varón estudiosísimo y verdaderamente probo, deseoso de imprimir fielmente aquella Historia, le había rogado que leyese con cuidado toda la obra, lo que en efecto hizo, encontrando muchos pasajes cercenados y desfigurados, corrigiendo tales errores y redactando unas oportunas notas marginales indicadas en el Índice (*Tabula*), de igual suerte que acababa de hacer con la *Geografía de Estrabón* y con una edición de *Diodoro Sículo*. No conozco ni he visto citada en los Repertorios y Catálogos este Diodoro, pero el de Estrabón constituye precisamente, por feliz casualidad, el tercero de los incunables de nuestra biblioteca. Y muy satisfecho debió de quedar Mancinello de su trabajo depurador del Herodoto, pues advierte que no será maravilla encontrar en cualquier parte, *littera pro littera*, pero que este trastrueque y los demás errores, no se le deberían atribuir a él, que entregó un ejemplar perfectamente corregido, sino en todo caso al impresor, por dificultades de impresión.

na cum cura composuit, relatam in libros novem: (Lucian: *Herodoto, vel Eetione*) quam quum in frequenti Græciæ conventu Olympiorum recitavisset, sic placuit universis, ut ita audirent quasi Musas loquentes: idioque libris, qui novem (ut diximus) essent, Musarum novem indidere nomina.

Pero lo más digno de comento en esta epístola, son los elogios que dirige Mancinello a su destinatario Nicolás Ru-beo. Le llama nada menos que gloria de los venecianos, cultivador de todas las buenas artes y virtudes, huésped de las musas y Mecenas del siglo (a quien por cierto le había presentado otro Mecenas, el sacerdote Hilario); dice que a su liberalidad, gracia, costumbres y benignidad se deberían el gusto y el agrado que se encontrasen en el libro; y que por todo ello no dejaría nunca de venerarlo como a una deidad, según lo hacían los etíopes con aquellos de quienes recibían cualquier beneficio. Ninguna literatura del mundo puede presentar un cuadro tan intenso y brillante de *mecenazgo*, como la italiana de los siglos XV y XVI. Pontífices, príncipes, grandes señores y simples particulares, tuvieron a gala y porfía la protección de las artes, las letras y las ciencias, y y de sus cultivadores más destacados (25). Y justo es decir que se trataba, por lo general, de un mecenazgo de buena ley, porque la mayor parte de los patrocinadores eran a su vez buenos humanistas, discípulos de sus protegidos, o apasionados amantes de las letras y los libros. Por eso están muy en su punto—y poco ha de ponerse a cuenta de la adulación—cuantos elogios prodigaron los escritores de todo rango, a los Médicis, a los Sforza, a los Visconti, a un Nicolás V, Pero siempre, y sobre todo a partir del estrépito armado por el *Triumpho della Fama* (26), aun los más puros y empingorotados protectores de las letras, pensaron, sin duda, en que el escritor, sobre todo en aquella época del Renacimiento, era el *dispensator gloriae*, según oportunamente afirma Karl Wossler (27), y no satisfechos con el re-

(25) Es un deleite del alma leer los capítulos 2.º, 3.º y 4.º del Libro 1.º del tomo sexto (Parte prima) de la *Storia della Letteratura Italiana*, di Girolamo Tiraboschi (Módena, 1776), especialmente el primero de ellos: *Favore e munificenza de' Principi verso le Lettere*. Y se completará el conocimiento del cuadro cultural de la Italia de las aludidas centurias, con vistas a la protección dispensada a las letras, repasando la *Historia de la Iglesia* del Cardenal Hergenroether, traducida al castellano, con selecta y copiosa bibliografía, por D. Francisco Díaz Carmona (Madrid, 1883-1889), 6 volúmenes en 4.º

(26) Uno de nuestros incunables, que en su lugar será examinado, es el Comentario de Jacobo de Poggio *sopra el Triumpho della Fama* (Floren-cia, 1485).

(27) *Historia de la Literatura Italiana*. Traducida por Manuel de Montoliu. Barcelona, Editorial Labor, 1925.

nombre alcanzado en empresas políticas y guerreras, buscaron los encomios de los doctos y literatos, asegurándose con ello *presso de' posteri un' eterna onorevole ricordanza* (28). En el curso de este trabajo mío, podremos ver o adivinar la confirmación de esta sospecha.

Y volviendo a nuestro presente caso, es preciso saber quiénes fueron Antonio Mancinello y Nicolás Rubeo, pues sólo del efectivo valor de éste y de la ponderada discreción de aquél, podremos deducir si tan desaforados elogios no pasaron de lo admisible, descontada la natural y acostumbrada exageración en tal clase de oraciones dedicatorias, o si hay que incluir a Mancinello, en este caso por lo menos, en el segundo de los grupos estudiados por Plutarco en su tratado *de discrimine amici et adulatoris* (que mereció ser comentado por Erasmo), aun en el supuesto, seguramente cierto, de que Mancinello no alabase lo digno de vituperio ni pretendiese convertir en virtudes, posibles vicios de su protector, pues en este caso hubiera todavía resultado en definitiva contraproducente el ditirambo, según la sentencia de Séneca, que reza: *adulatio, dum blanditur, offendit* (*De Ira.*, L. I, c. 28). Es bien conocido Mancinello, filólogo italiano que nació en Velletri el año 1452 y murió en Roma en 1500, que tuvo escuela en su patria, en Roma, en Fano y en Venecia, que publicó muchas obras, unas gramaticales, otras políticas, y otras de comentario de los antiguos escritores, y que corrigió y aderezó algunas de éstos, entre ellas la de Herodoto que examinamos y la de Estrabón que veremos pronto. Jo. Alb. Fabricio nos ha dejado un catálogo completo de las obras de Mancinello, y el año 1500 (precisamente el de la muerte de nuestro personaje), el impresor de Lyon, Johannis de Wingle, coleccionó en un volumen 16 de sus opúsculos, algunos de los cuales habían sido antes separadamente impresos en Venecia y Roma, e inmediatamente después lo fueron en París. La labor de Mancinello, seria y elegante, fué muy apreciada por sus contemporáneos, pero nadie tuvo el capricho de detenerse a estudiarle bajo el aspecto de *protegido*, aunque

(28) Tiraboschi, *loc. cit.*, cap. II, núm. 1.

no fuera ello inútil — como no lo fué nunca en casos parejos — para graduar los quilates del *protector*. Lo malo es que la otra dedicatoria de Mancinello que tenemos en nuestra colección (en el incunable Estrabón), nada nos dice, según veremos, respecto a la psicología del filólogo velle-trense en este aspecto, sin duda por no tratarse entonces de caso de mecenazgo. Es, pues, preciso atenernos exclusivamente a la sospechosa y comentada apología del Nicolás Rubeo; pero, lo peor del caso, es que tampoco encontramos luz por la senda de éste, aunque ya es significativo el resultado negativo. Porque a pesar de haber revuelto Roma con Santiago, no me ha sido posible adquirir noticias, ni siquiera probables, de este prelado o rector de la iglesia de San Geminiano y canónigo de San Marcos, real o supuesto Mecenas de un siglo en que tantos y tan conocidos y gloriosos lo fueron de veras. Lo cual no quiere, naturalmente, afirmar que aquél no fuese un entusiasta y eficaz protector de los escritores, o de Mancinello al menos, puesto que no es lícito suponer en éste la impudicia de loar públicamente en términos tan desaforados y en plena vida de ambos, a quien por ningún concepto lo mereciese. Mi reparo no pasa de decir que por lo menos no fué escritor de nota el Rubeo, porque no hubiera en tal caso faltado su nombre en la obra de Muratori o en la de Mazzuchelli (29) o en alguno de los innumerables catálogos y repertorios, o en las historias de la literatura italiana, que tanto pormenorizan en busca de autores y literatos; y que tampoco debió de ser eclesiástico de relieve bastante para figurar en la galería de personajes de la *Histoire Ecclesiastique*, de Fleury (30), o en el extenso *Dizionario di Erudizione Storico-Ecclesiastica*, de Caetano Moroni (31), o en cualesquiera de los numerosos Diccionarios biográficos y modernas enciclopedias. En

(29) *Gli Scrittori d'Italia, cioè notizie storiche e crit. intorno alle vite ed agli scritti dei litterati italiani* (Brescia, Bollini, 1753-63). 2 tomos en seis partes.

(30) *Histoire Ecclesiastique* [Desde el volumen XXI: *Pour servir de continuation à l'Histoire.....*]. (A Paris, MDCCXX-XXXIII.) 36 volúmenes.

(31) *Dizionario di Erudizione Storico-Ecclesiastica da S. Pietro sino ai nostri giorni.....* (Venezia. Dalla Tip. Emiliana. MDCCCXL-MDCCCLXI.) 103 volúmenes.

ninguna parte he encontrado otro rastro de Nicolás Rubeo, que la encomiástica nuncupatoria de Mancinello; y no han sido más afortunados aquellos amigos míos, historiadores y literatos, a quienes pedí ayuda y orientación en la búsqueda.

Son en cambio bien conocidos los impresores hermanos Juan y Gregorio de Gregoriis, naturales de Forlivio (*Forum Livii*) o Forli, que desde el año 1480 hasta el 1500 o el 1503, imprimieron juntos muchas obras en Venecia (tenemos nosotros ésta y otras) sin perjuicio de las que imprimió Juan en Brescia, con Jacobo Británico, los años 1483 a 1484, y del *Horologium* que con caracteres árabes imprimió Gregorio en Fano el año 1514, expresamente llamado para ello, a Venecia. Nadie superó a los hermanos Gregorii en la belleza de las ilustraciones o grabados xilográficos, según lo demuestra este *Herodoto*, y lo confirman, entre otros muchos incunables, las 113 figuras del *Decamerón* que imprimieron en 1492 y la edición italiana del *Fasciculus Medicinæ*, de Johannes de Ketham, impresa el año 1493. Debiendo añadirse la particularidad de que el propio Gregorio, como algunos otros impresores, fué él mismo grabador notable.

II.—LUCIANO y DIODORO

Este incunable, segundo de nuestra colección según el plan que seguimos y también procedente de Cárdenas, es un instrumento híbrido en la acepción de producto de elementos de distinta naturaleza, porque contiene, en extraño maridaje, el *De Veris Narrationibus*, de Luciano de Samosata y el *Diodoro Sículo*. Pero el examen del libro no permite pensar en una superchería mercantil semejante a la cometida años después por el impresor y librero Felipe Junta, en aquellos ejemplares en los cuales, para poder competir con Aldo Manucio, que en 1503 había lanzado una edición de Luciano acompañado de Filóstrato, encerró con las obras de aquél las de éste (impresas por él en 1517) bajo el título colectivo, en griego y en latín, *Quæ in hoc volumine continentur Luciani opera. Icones Philostrati.....*, etc. (32). No sólo en 1503, Aldo, el viejo, sino también en 1522, ya asociado a su suegro Andrés Turisan, imprimió las *Imagines Philostrati* con los *Dialogi et alia multa opera*, de Luciano, en union más homogénea y menos chocante que ésta ante que nos encontramos de Luciano y Diodoro. Porque no son precisamente los *Icones* o *Imagines* de Filóstrato (descripción fingida o no, de unos cuadros) la obra más pareja a la de Luciano, pero al fin y al cabo se trata de un cofrade sofista que también usó ingeniosamente de la sátira y hasta el punto de que algunos de los escritos que se vinieron atribuyendo a Luciano son del mismo Filóstrato, si acierta en sus afirmaciones la crítica moderna. Por ejemplo: *Nerón o de la ruptura del Istmo*, y el *Alcyón o de las transformaciones*, aunque este

(32) He visto este volumen en la Biblioteca Nacional (1-2.224). Colofón: *Florentiæ sumptu Philippi Iuntæ Florentini. Anno a || natiuitate Domini XVII Supra mille* (sic) *[1517 mense Octob. Leone X || Pontifice. (Hain, número 10.258, Graesse y otros Catálogos.*

segundo cree Vidal (33) que es del filósofo León, y nada resuelven ni él ni su discípulo Baraibar (34) de la paternidad del primero, si bien se la niegan a Luciano. Más curiosa también que la adición o suma de Filóstrato a Luciano, que en definitiva se asemejan en algunas de sus producciones, es sin duda, la de Plutarco, el bondadoso y severo historiador y moralista, y sin embargo encuentro asimismo en la Biblioteca Nacional (I-2.214) aunque no en los Repertorios y Catálogos que consulté, un incunable procedente de Gayangos—digno de cuidadoso estudio (35)—en el cual se intercala el tratadito o libelo de Plutarco: *De Vitanda Vsura*, interpretado por Bilibaldo Pirckheymer, entre dos diálogos de Luciano: el *Vitarum seu philosophorum auctio* y el *De Virtute conquerente*. Todo lo cual quiere a mi juicio, decir, que eran los impresores, puesto que son distintos los traductores e intérpretes de los escritos que se suman, quienes para colocar bajo el pabellón de lo más leído y solicitado o para formar un volumen relativamente fuerte, hacían estas amalgamas de autores de escritos breves, o sacándolos juntos de sus prensas, o juntándolos más tarde con aparente unidad de producción tipográfica y censurable ardid de librería (36).

(33) *Obras completas de Luciano*. Traducidas directamente del griego, con argumentos y notas, por D. Cristóbal Vidal y F.-Delgado. Tomo I. Madrid, Hernando, 1914. Tomo LV de la *Biblioteca Clásica*.

(34) *Obras completas de Luciano*. Tomos III, IV y V. (Tomos CXXXVIII, CXXXIX y CXXXVIII de la *Biblioteca Clásica*. Madrid, 1917, 1918 y 1919.) D. Federico Baráibar concluyó la versión empezada por su maestro Vidal y que éste no pudo sino empezar (tomo I) a causa de una pertinaz dolencia.

(35) No es este lugar oportuno para discurrir sobre tal incunable (?), pero quiero llamar la atención de los especialistas, sobre sus caracteres sospechosos. En 4.º, 16 hojas sin numerar, sin lugar, año ni pie de imprenta; en el folio 1.º no se alude sino al *Dialogus Cui Titullus Vitarum, seu philosophorum auctio*, de Luciano, que se afirma no haber sido impreso antes, y al *Plutarchus Libellus de Vitanda Vsura*, haciéndose caso omiso del otro referido diálogo lucianesco que sigue al Plutarco y empieza al folio signado Ciiij. Al folio XV, v. un simple Finis, que parece referirse a todo el volumen, y a continuación: *Errata in officina impressoria sero animaduversa*. Otra particularidad del libro son las comas perfectas y reciamente impresas, cuando, según pretende Scaliger, fué Aldo Manucio el primero que con el actual valor las introdujo en el latín, y desde luego no se encuentran en los incunables primeros del siglo XV. Sirvan estos datos unidos al de que en 1513 y en 1515 imprimió Frid. Peypus en Noribergæ, el mismo *Plut. de vitanda usura*, interpretado por Bilib. Pirckheymer, para que piense, quien guste, sobre la autenticidad del supuesto o real incunable de que se trata.

(36) Es interesante cuanto dice Fumagalli en su párrafo *Il commercio dei libri dopo l'invenzione della stampa* (*Bibliografia*, Cap. VI, III) acerca de la

Ambos tratados, el de Luciano y el de Diodoro, ofrecen en nuestro incunable los mismos caracteres externos, por lo que, sin duda, se trata de un solo cuerpo de impresión o instrumento tipográfico, muy imperfecto según en seguida veremos, pero incluido y descrito, o por lo menos aludido, en los Repertorios, y del cual he visto otro ejemplar idéntico en la Biblioteca Nacional (I-554). Es un volumen, en folio, papel sin filigranas, de 8 hojas sin numerar (una más siete, del Luciano) y 73 numeradas según la cifra trabucada del último folio (xixiii), aunque en realidad no son sino 51 si yo no he contado mal (el Diodoro). Los dos tratados, en letra romana, a línea corrida, con signaturas (el Luciano: Aii-Aiiii) sin reclamos, con huecos para las letras capitales, no suplidas a mano, sin minúsculas indicadoras impresas en el Luciano y con ellas en el Diodoro: división en libros e indicación de éstos no sólo en el cuerpo del texto, sino también en la cabeza de los folios. El número de líneas varía entre 56, 58 59 y 60 según las páginas, cosa no extraña una vez sabido que los primeros impresores no se cuidaban de dar a todas éstas el mismo número de aquéllas. Por ello, en buen rigor técnico es preciso contar las líneas de todos y cada uno de los folios de los incunables, y en todo caso es indispensable no limitarse a contar uno solo, si no se quiere caer en el error de una cuenta absoluta inexacta que es defecto bastante corriente aun en los catálogos mejor confeccionados. La medida que arrojan algunas páginas salteadas, es la de 239×146 mm. de caja de impresión (37).

En el centro del primero de los folios sin numerar (en

duplicidad de oficios en muchos impresores, que eran al mismo tiempo comerciantes vendedores de libros. Por ejemplo, Octaviano Scotto, de Monza, y Bernardino Stagnino, de Trino, en cuyos sepulcros no se les llama impresores, sino *mercator librorum impressorum* y *librorum mercator*, respectivamente. En efecto, casi todos los impresores tenían tienda abierta, en la que vendían, no sólo sus propios impresos, sino también los ajenos.

(37) La cuenta de las líneas todavía se complica cuando no se trata de impresos a línea corrida, sino a dos o más columnas, alguna de las cuales es coja, es decir, de menor número de aquéllas, aunque a simple vista no se aprecie. Para no caer en error y evitar la tarea larga y penosa de contar las líneas de cada página una por una, ha inventado el marino y gran bibliógrafo Stanislas Millot un *transparente*, cuya descripción omito por ser difícil, demasiado técnica e inadecuada de este lugar, pero que puede verla quien guste, acompañada de dibujos gráficos, en *Nouvelles méthodes pour la description et l'identification des incunables*. (París, E. Droz, MCMXXXI.)

lo que hoy llamaríamos portadilla): **Lucianus de veris narrationibus** || & **Diodorus Siculus**. En el folio 2.º (signatura Aii) que reproduce la fotografía (Fig. 3), el encabezamiento: **Primvs** || **Lvciani. Poete et Oratoris: De Veris Narrationibus. Libelli Dvo: A** || **Lilio Castellano de Greco in Latinvm Tradvcti et in primis eivs** || **ad Marcvm Pistoriensem: Epistola**. Termina esta obrita de Luciano, en dos libros y sin que en momento alguno la continuase, a pesar de que dice al concluir el segundo: *cetera autem que in terra subsequen- tibus libris amplectar*, al folio 8 v. de los no numerados, sin *explicit* ni suscripción de ningún género, ni registro, ni lugar, fecha ni imprenta, con la simple palabra *Finis*. Y al folio siguiente, en el que empieza la numeración (Fig. 4), da principio el **Diodoro**, sin título alguno especial y con este simple encabezamiento: **Pogius florentinus ad Nicolaum quintum Pont Max**. Son seis libros (aunque en seguida hablaré sobre esta cuenta y distribución), al principio de cada uno de los cuales se inserta el sumario correspondiente. Tiene este tratado, apostillas marginales impresas indicadoras del texto. Concluye al supuesto folio xixiii: **Explicit feliciter opus Diodori siculi diligenter ac accuratissime emendatum acq^o Venetiis impres** || **sū p Philippū Pinciū Mantuanū die uigesima nouēbris anno domini a natiuitate Mccccxxxviii** || **Lavs Deo.—Finis**.

Me he referido más arriba a la imperfección material, especialmente tipográfica, de este incunable, y en efecto salta ella a la vista de quien le examina, no sólo por su mal papel y poco lucida presentación, sino por los patentes descuidos de factura y las erratas ajenas al texto y por ello mismo más visibles. Tratándose de un solo instrumento, ya es torpeza tipográfica, aunque no desusada y siempre propicia a errores de descripción y de catalogación en tratadistas y bibliotecarios, la de coronar (*finis coronat opus*) dos tan dispares estudios, bajo una sola descripción o *explicit* que únicamente se refiere al segundo de ellos. Pero lo que más lastima a la vista son las erratas de confección a que acabo de referirme. Quiere indicar a la cabeza de las páginas (*titre courant* de los franceses) el libro que en ellas se va desenvolviendo, estampando, según hoy se hace, la palabra *liber*

PRIMVS
LVCIANI POETE ET ORATORIS DE VERIS NARRATIONIBVS LIBELLI DVO: A
LILIO CASTELLANO DE GRECO IN LATINVM TRADVCTI ET IN PRIMIS EIVS
AD MARCVM PISTORIENSEM EPISTOLA.

Enne ac decenter autumasti Marce pater ut eos tibi libellos designarem quos uir eruditissimus & iocundissimus Lucianus greco sermone conscripsit quosq; ego superiori tempore nostros feceram. Habent enim in se iocunditatem maximam ac iuniorumque alium alius grauius curis inter legendum exultarent. Tuiq; has accommodat ut potens & alius accommodatus exhibere quosq; iter auctoritatis ueritatis: Mactatid Regia conuentus platurus accedis: sacrasq; manus illas deo culabere cum & magnorum principum plentia fueris: qui a faciente suae curam ad huc quasi a labore ad quietem diuertente. Hos ipse praecipitantes magisq; accelerare conscriptos tibi mitto ut antea ueneratissimo illi patris auctoritatem ut in ea praefacienda quasi in argumento eorum libelloq; ratione ludicus teneas.

Lilio Castellani in Lucianum prologus ad uerendissimum P. Lopo Romanum Ecclesiae Cardinalem.

Plures dignitati tuae debent uerendissime pater: ego magis de beo meo quam uis alium facile inueniri: cui aut cumulatim cōtuleris: aut primum amoris signa foris demonstras. Nunc obuium tibi cum multa: nū illud in primis qd me praeter ceteris differretis semper auastis. Neq; enim qui meq; contulit: qd quod ex corde prouenit. Et illa erant profecto signa sed pluribus occulta: nihilq; & eo te potest obfcurum nunc uero cogitant: ac ea repetenti clara omnino & intellecta. Quia in re qd laus nō ē grauius agere perpetuo nō confilio: quo tot beneficiis in me uis opere responderem. Nunc uero quoniam miraturus uisum aliquid tuae magnitudini offerre statui: & primos ut ita dicam: foris eorum studiorum: ad quae ipse me hortari quandoq; conuenisti: illud maxime quaerebam quod tot labores huc curas uertitis: ad uocanditatem magisq; alius ad doctrinam esse posset. Nam cum tuo labore & curas nostrorum rerum parum maxima moderetur: fiantq; te curae: ut affloet sepe numero onerosaq; grauius eo offerant: qd intelligendum te ab illo tedio: ad singularem quendam leticiā: occiditatem: rursus mouere possit. Igitur quom plurimi eorum greco codices exarati: duos illos libellos me auctoritatem in nostram linguam praeter ceteris traducendos delegi: quos uir eruditissimus & in primis iocundissimus Lucianus de ueris narrationibus greco sermone conscripsit: utpote qui praeter ceteris ad ea quae molebantur faceret. Nam is cum multa ac uaria eloquenter & facere conscripsit: tam hos libellos suauitatem etiam ac iocunde. Habent hi de ueris narrationibus epigramma non qd uera ita narrat: ut me non possint: sed ita mentitatur uera penitus esse nequeant. Causam autem qd ea ita narrat: refert qd hi scilicet qui in dicendo laborant: post multam ueritatem rerum lectiōem: ad huc quasi ad ludum & oblectamen aliquid diuertant. Vnde lassas mens alienioribus quibusdam relecta: robustior surgat: & quasi noua ad prima illa redeat. Tum non qd nudam solum ex sua conuata & grana hiberet oblectatio: mercedem etiam: speculationem quidam ostenderent: non uulgare. Seguidē huc peregrina fictionis idu: qd si uana modica fusiōe ac ut simile adducit: fertur tamen non sine detrachione contra ueteres quosdam poetas & priores historiarum ac philosophos: porreita quidam pro ueris ac fabulosa scribentibus quorum ut ait in ipso fuit Ctesias Ctesiochi Cindius: qui indorum miracula conscripsit: qd neq; ipse uisumq; abo narrante audiuit. Scripsit & lambulus de his quae in magno mari sunt: non sumum omnibus mendacium non in luxuria tamen fictionem componens: Et aliorum plurimi in hoc scribē di genere uersati sunt: quidamq; proprios errores & peregrinationes quam scriberent bestiarum magnitudines & uisus nouitates comētiati sunt. Horum dux apud Homeros Vixit fuit Aleino: & qui circa eum et inter narrantes uentos sibi interuentum datos monochilos & siluestres quosdam homines humani caribus uelētes. Animalia pluribus cum capibus ac sociis Carceis carminibus mutantes quatuor ille multa ydioris phantasia fuit. In hos igitur cum incidere iniquitatem quidam non ualde culpae rimetis: tam id consuetum esse etiam ipsi philosophi professoribus illud autem minorē illam alius se non uera scribere putauerunt. Quobrem & ipse studens: quid ex hac gloria relinqueret: nō solum expers fabulandi libertate: quandoquidem nihil ueri scribere habuit. Nihil enim uisū conigerat: historia dignum ad mendacium penetrat: & quidem maiori cum gloriaq; illi. Exemplum erodit in eo uno uerax qd me mentiri sapientum sic eamque apud ceteros est accusationem fugam si me non uera dicere predeceat. Scribo namq; quae neq; uisumq; ipse passus sum: neq; abo narrare accepi: magis autem quae omnino non sunt: neq; fieri poterunt: quare qui in hoc incidit: multatius crederet. Hic Lucianus in prologo suo promittit. Tui a. tem celebritas hunc incipientem ita intelligat ut publicitatem ab intentione non dū receperit. Nam in ultimo uerbi sequentes libros pollicetur: quos nūc

A 11

VLLVS Antea quamuis uis preclarus rerum scriptor fuit. Sanctissime pater: q
suum opus aequae meritis aequae ego tibi has meas uigilias: alicui principi dicaret.
Quid est enim acquisitum ingenii monumenta ad cum destinare: ut omnibus in
genio presteret & doctrina? Aut quod magis debeamus: in uos multos ad cum for
tem referre: a quo curius praesentis operis emanauit? Nam licet antea quicquid
ocui supererat ad scribendi curam: ne per secundam efflueret: mea sponte conser
uaretur: tamen paulo remissior animus temporum: ne dicam superiorum por
tificum: culpa cum orine firmo tempus non in litterarum: prout optabam: studi
is sed in quibus ad uitae sustentaculum consumi rerum inopia urgeret. Et certe q

quam tunc meae institutio ea semper fuerit: ut plus uirtutem q pecuniam fecerim: tamen munus ali
quando si uerum loqui licet: nostri pontifices in erigendis ornandisque doctorum uironum ingenius doc
uitarunt. Quidam bonarum artium uicina: quidam ita pecuniae addidit: ut plus apud eos ambitionis
& questusq uirtutis aut litterarum ratio ualeret. Quae res bonis uiris admodum grauis multoru me
tem ascribendi cogitatione alienauit. Indignum quippe est: nec sapientibus uiris: a quo animo ferendis
eos sepiissime reuelis: melioribus praeceteris ex uoluntate: licet dicam: nihil praeter polum uo
luntariam indulgentiam committeret. Te solum he nostra conspice ut aetasq cum probe nonis uirtutē
tunc mortalium ducem esse: praestans doctrina uiros subleuaret: & ab inerti ocio ad scribendi negoti
um traduceret. Vt uere hunc nostram christianam rem publicam ab eo nunc regi gloriam possumus: qui
& sapientissimus existat: & diligat sapientiae studiosos. Quod unum sane caelestis dei donum tanti fa
ciendum conseruanti est uirtus uicis praeferenda. Nam ubi doctrinam cessat exercitia: ubi nullum
inter doctos atq ignauos discrimen uiget: ubi nullus uirtutis locus: nulla studiorum ratio habetur: uicia
ibi regnent: torpescant ingenia: principatus & regna decedant: rerumq omnium dominetur consilium
necesse est. Itaque nunquam satis pro meritis tuis probitas ac uirtus laudari potest: quae cum omnem an
te actam uirtutem uarias disciplinas suspendere: nunc & doctis fauet uiris: & sua munificencia reliquos ad
eandem uirtutis uirtutis emulacionem. Ego sane tuus inter omnes tenuis est: & doctrina & dicendi fa
cultas: profusior me uis exhortacionibus liberalitateque conspilius oportet: q ante scribendi studio i
cubuisse. Nam cum prius horum tu Xenophontem de Cyri uita laus legendum tradidisset: & hos
quos lex Diodori scilicet libros: quos fabulosos ob antiquitatem temporum: nunc ante bellum troia
nom acta cōuenit appellare: traducendi munus te instante suscepit. Huiusmodi rem satis difficilis
me fuisse: & multorum ex uoluntate obrectandi: quae licet sit parua bonis pendenda: tamen cum prius
alios summa auctoritate uiros aliquando laudasset: nequid de nobis et uindictam est: quos non auctori
tas non dignitas uenerat: Sed uos quod est et aequissimum doctorumque iudicio frenus: hoc opus absol
uere: cum mihi transferendi legem inhiuimus: quae a me in Xenophontis proceris praecipua esset: absol
ta uerborumque multi graecorum uariarum ambage: lentius harenis nostrum dicendi more fuerim
salus rerum fide secutus. A lectoribus uero ut nostris ac quicquid copiosius posuimus: uero q uires se
rant: exigere a nobis uelint. Si quis amphora petat ingrati hominis munere functus: non contentus his
quae nulla cum impendat citro liberali manu potantur. Ne quis uero id in tanta factum putet: citat cō
silio me breuitati consulerem: in qua omnis scilicet quae largiorem orationi se pensant ponit: q uerba
tem. Licet autem in libri primordio satis ab auctore de historiis unitate sit explicatum: huc tamen an
tiquitatis indagacionem qui omnes praefatum rerum a primorum hominum ortu uique ad bellum troia
num cognoscio uertitur: praecipuus est laudibus efferenda. Ab hoc enim uelut historiarum fonte: q post
modum secuti sunt antiqui praefatos fabulique recentibus haurire unde ad ceteros transfundere ua
lerent. Opus hoc certe uirtutum est: egregium: aculeum: nostris uero adeo uic cognouit existimem
legentes ex tot rerum excellentiam nostra labori nro grati habuiros. Sed si ipse Diodorus loquatur.
Procuramus totius operis.

Tituli primi Libri.

Quae de mundi creatione: deque omnium prima origine ab egyptiis traduntur.
Quae de diis fabulose egypti ferunt: & quae in egypto ab eis uoces sunt conditae.
De primo hominum ortu: & eorum prior uita.
De honore immortalium & templorum edificatione.
De sicu: & pti: & quae de nilo praeter opinionem dicuntur:
De causa inundationis nili: & quae de illa rum historiis tum philosophi sentiant eorūq cōtradictionē.

Diodori Siculi a Poggio florentino in laetium traditi de antiquorum gestis fabulosis Liber primus.

AGNAS merito gratias rerum scriptoribus homines debet: qui suo labore plurimū
uic mortaliū proluere ostendunt enim legibus praetentorum exemplis quod no
bis appetendum sit quid ut fugiendum. Namq multarum experimento rerum uarias
cum laboribus periculisque proci ipsi ab omni discrimine gesta legimus: nos admo
dum maxime quid conseruat ad defendendam uiam: adeoque heroum sapientissimus est

en cada folio vuelto o página de la izquierda, y la correspondiente numeración *primus*, *secundus*, etc., en el folio recto o página de la derecha, y ocurre: que en dichos encabezamientos se llama *liber primus* a todo el *secundus* desde que éste (en el Diodoro) empieza al folio vi v. hasta que termina, y comienza el *tertius* en el xiii; que en la cabeza del folio xviii en que continúa este libro tercero, se dice *primus*, y que en los folios xxxvii y xxxviii se llama *sextus* al libro quinto. En la foliación son también varias las equivocaciones, que conducen al señalado error final de atribuir al tratado un número de folios que no contiene y que ha despiestado a los tratadistas que no se tomaron la molestia de contar las hojas. Este incunable hubiera hecho las delicias de aquel bibliómano (38) satirizado por Roberto Pons de Verdún, que exclamaba en el paroxismo del entusiasmo:

C'est elle! Dieu que je suis aise!
 Oui, c'est la bonne édition;
 Voilà bien, pages douze et seize,
 Les deux fautes d'impression
 Qui ne sont pas dans la mauvaise (39).

Pero justo es decir, en descargo del incunable Luciano Diodoro, que fué fruta del tiempo esto de las erratas en las impresiones del siglo XV, hasta el punto de poder aplicarse a ellas, casi como postulado, lo que el P. Angelo Rocca sentó años después como principio: *tippographica ars nimis est erroribus obnoxia*; y de que fuera jaéncia muy señalada la de Aldo Manucio cuando se comprometía pagar un escudo de oro por cada falta que se encontrase en sus libros (40). El primer incunable que tiene claramente expresados el lugar y la fecha de su impresión y que es una obra excelente

(38) Es inagotable cuanto se ha escrito en serio y en broma acerca de los bibliómanos, y yo mismo dije algo en mi discurso *El amor al libro*, que tuve la honra de leer en sesión pública de la Academia, el día 7 de octubre de 1927, con motivo de la Fiesta del Libro.

(39) *Apud*, G. Fumagalli. *Bibliografia*. Capo. III. *Il libro dopo l'invenzione della stampa*, pág. 179.

(40) *Apud*, Firmin-Didot (Ambroise). *Essai sur le Typographie*. París, Didot, 1851. Col. 647.

de tipografía, el *Psalmorum Codex*, impreso en Maguncia el año 1457 por el banquero y consocio de Gutenberg Johannem Fust y su compañero y yerno Petrum Schöeffer, contiene nada menos que en la primera línea de la suscripción, la errata de decir *spalmorum*, en vez de *psalmorum* (*Præsens Spalmorum Codex.....*). Y sería cosa de nunca acabar la pretensión de recoger las más notables y curiosas erratas que ofrecen los incunables. A fuer de hombre práctico pudo pues, justamente temerlas Mancinello, en la estudiada edición de Herodoto.

Pero con referencia concreta a nuestro incunable, todavía puede añadirse algo que en parte disculpa o explica la errata más visible, aunque en parte también acrezca la responsabilidad de ella, más que contra el impresor, contra el intérprete y traductor Poggio (que motivó el impreso. Es bien sabido que la Historia Universal o *Biblioteca Histórica* de Diodoro, se compuso de 40 libros, pero que de ellos sólo 15 se conservan íntegros: los cinco primeros, y con una laguna de los cinco siguientes, los diez comprendidos entre el 11 y el 20, ambos inclusive. De los cinco intermedios (vi a x), así como de todos los demás posteriores al xx, o sea del xxi al xl, no conocemos sino unos fragmentos que nos han conservado con sus citas algunos escritores antiguos, otros coleccionados en una especie de antología moral, por orden de Constantino (*Porfirogenetos*), y bastantes aportados por el cardenal Angel Mai en su *Scriptorum Veterum Nova Collectio e Vaticanis Codicibus edita* (Romæ, 1825-38) (41). Pues los cinco primeros libros, que sin violencia pueden ser tomados como un trabajo independiente y completo bajo el título *De antiquorum gestis fabulosis*, son los traducidos por Poggio florentino y reunidos en este incunable de 1493, pero considerando, sin duda, que el libro primero era demasiado extenso y se componía además de dos partes perfectamente definidas señaladas por el mismo Diodoro, en

(41) Constituyen excelente fuente de información todas las obras del célebre Cardenal Mai, cuyo índice o contenido nos da a conocer M. Bonnetty en su *Table alphabétique et raisonnée de tous les auteurs sacrés et profanes qui ont été découverts et édités récemment dans les 43 volumes publiés par le Cardinal Mai*. (Paris, Impr. de Moquet, 180.)

vez de limitarse Poggio a proceder como el autor, dividió en dos el libro primero, con lo cual el segundo pasó a ser tercero, y así sucesivamente, hasta la suma de seis para los que en realidad no son sino cinco, y originando con ello la errata de que el encabezamiento de las páginas siga llamando *Primus* (como en efecto lo era en Diodoro) al inventado *liber secundus*, aunque claro está—y por ello hablo de errata—que en buena regla tipográfica debía acomodarse la numeración a la efectiva del texto, no sólo para correspondencia con éste, sino para evitar la anomalía de un salto del *primus* al *tertius* con omisión íntegra del *secundus*. Y así por ejemplo, un libro *raro* de nuestra biblioteca, impreso en Basilea el año 1531, coleccionador, según veremos, a guisa de tratados diferentes, de unos y otros pasajes y libros de Diodoro, al recoger, en segundo término, los seis libros *De fabulosis Aegyptiorum gestis* acoplados por Poggio, cuida de que en efecto corresponda la numeración de cada libro en la cabecera de las páginas, al arreglo y división hecha en el texto por el florentino. El proceder de éste ha ocasionado frecuentes falsas citas y referencias a un libro vi de Diodoro, que no existe, puesto que es el v, y que naturalmente nada tiene que ver con el verdadero vi poggiano, del que no conocemos sino el breve fragmento conservado por Eusebio Pámpilo en su *De Evangelica Præparatione*, que en edición de 1480, constituye otro de los incunables que enriquecen nuestra biblioteca.

No es ya hora de que nadie descubra a Luciano. Nacido en Samosata de Siria, cuenta entre los clásicos griegos, porque constituyendo uno de los más curiosos fenómenos de la historia literaria, según acertadamente observa Nageotte (42), logró asimilarse lo que tenía de más delicado e impalpable la lengua griega, que no era la suya, y de tal suerte, que en opinión de Menéndez y Pelayo, saturado del más puro helenismo, su estilo le coloca, sin vacilar, entre los primitivos clásicos, aunque cronológicamente pertenez-

(42) *Précis d'Histoire de la Littérature Grecque depuis ses origines jusqu'au VI^e siècle de notre ère...*, par E. Nageotte. (Paris, Garnier frères, 1887.)

ca al siglo II de nuestra era (43). De su vida no sabemos sino lo poco, aunque interesante, que nos cuentan él mismo en varios de sus opúsculos (especialmente en el *Sueño* que motivó su consagración a las letras) y el lexicógrafo Suidas en su famoso *Lexicon*; pero sus numerosas obras han sido impresas y reimpresas, traducidas al latín y a todas las lenguas modernas, tomando cada cual para su traducción y estudio lo que más le placía y se acomodaba a su propósito (44), porque para todo y para todos tiene este Luciano, gran mofador de los filósofos, en frase de Feijóo (45), y que parodiando y burlándose también de los poetas y los historiadores y de los mismísimos dioses cuyos vicios había ya cantado Hesiodo en su *Theogonía*, dejó para deleite de las sucesivas generaciones un caudal inagotable de temas ingeniosos y de fecundas inspiraciones, en los cuales han abrevado los mayores ingenios de todas las épocas, sin exceptuar los primeros tratadistas cristianos.

El estudio *De Veris Narrationibus*, de nuestro incunable, no es sino reimpresión de otro anterior: la traducción dispuesta por Lilio Castellano, también con la epístola a Marco Pistoriense, e impresa por primera vez en Nápoles por Arnaldo de Bruxela a 6 de marzo de 1475. Pero Castellano, que en su epístola llama muy justamente a Luciano, varón eruditísimo y jocundísimo, no transcribe, y extrae más que comenta lo que considera y es en puridad prólogo del mismo; y no da principio al texto, sino cuando efectivamente, después de las agudezas preliminares, comienza Luciano la relación de su viaje fantástico: *Gressus olim ab Herculeis columnis: & in hesperiū oceani.....*, etc. En otras

(43) *Orígenes de la Novela* (Nueva Biblioteca de Autores Españoles), tomo I (Madrid, 1905), al reseñar en el párrafo 1.º de la *Introducción*, la novela en la antigüedad clásica, griega y latina.

(44) Por ejemplo: *Lucien en belle humeur, ou choix de ses dialogues les plus gais, en forme des scènes et en vers libres*, par La Fresnée. París, Le-rouge jeune, 1806. — *Lucien en belle humeur, ou nouvelles conversations des morts*, par Bruslé de Montpleinchamp. Amsterdam, Michiels, 1694.—Claudin, 1883.—*Lucien en belle humeur*. Amsterdam, 1691.—Amsterdam, 1791.—Baillieu, 1878.—Belin, 1878.—Gouin, 1879.—Chollet, 1883. (Vid. M. le Cte d'***: *Bibliographie des ouvrages relatifs à l'Amour, aux Femmes et au Mariage...* T. II, Lille, 1897.)

(45) *Theatro Critico Universal*. Tomo segundo. Madrid, MDCLXXXI. *Guerras filosoficas*. Disc. Prim. § 1. Y casi en iguales términos se expresa Fleury en su *Histoire Ecclésiastique....*

ediciones, por ejemplo en la griega que tradujo D. Federico de Baráibar, no es el traductor y comentarista quien nos dice por su cuenta lo que el samosatense escribió para explicarnos, a vuelta de burlas e ironías, el alcance de su narración, sino que es el mismo autor, íntegramente traducido, quien en cuatro párrafos habla y prologa. No es, pues, estrictamente completa o literal (aunque no varía sino los breves cuatro primeros apartados lucianescos a que me refiero) la traducción latina que este incunable nos ofrece, y, desconocedor del griego, carezco yo de competencia para saber si es o no fiel en la transcripción del viaje.

Es notorio que por la dificultad de verter literalmente a lengua extraña las obras satíricas y de burlas, resulta necesario muchas veces apartarse de la letra del original, so pena de matar su gracia. Y por eso Gilles Menage—tan maltratado por el abad Cotin en *La Ménagerie* que escribió en contra suya y tan satíricamente llevado por Molière bajo el nombre de Vadius a su comedia burlesca *Les femmes savantes*—usando de su profundo conocimiento del griego (46), consintió en la poca fidelidad de la traducción de Luciano hecha por Monseñor Perrot d'Ablancourt, pero la denominó *la belle infidèle*, con frase que hizo fortuna y pasa hoy por lugar común, pese a los esfuerzos del P. Feijóo para defender a d'Ablancourt de la tacha de infidelidad, afirmando que no sabe lo que fueran las traducciones del Monseñor respecto del original griego, pero que en lo relativo a la traducción latina, no hallaba discrepancia fundamental ni menos gracia en la traducción de d'Ablancourt, que si fué infiel en apariencia, fué fiel en la substancia (47). Ni siquiera puedo yo decir, con referencia a Lilio Castellano, lo que el erudito Padre benedictino afirma del discutido Monseñor d'Ablancourt.

(46)

Il a des vieux auteurs la pleine intelligence.
Et sait du grec, Madame, autant q'homme de France.

decía de Vadius (Menage), *Tricotin* (personificación de Cotin en la comedia de Molière), cuando le presentaba a aquellas ridículas Marisabidillas apasionadas de la lengua griega hasta el punto de besar sin reparo y aun con entusiasmo a los peritos en ella.

(47) *Cartas eruditas y curiosas*. Tomo II. Madrid, MDCCLXXXI. Carta octava, números 37 y 38.

En cambio, es mucho, aunque poco nuevo, lo que me ocurre expresar acerca de Diodoro y de su intérprete Poggio Florentino, que son personajes que siempre atrajeron mi curiosa atención. No conozco historiador que haya sido más discutido que Diodoro, y son muchas las fuentes en que puede abreviar quienquiera, para conocer la opinión que sobre su obra concibieron y expresaron los escritores de mayor nota, empezando por los que forman entre los clásicos de los primeros siglos de nuestra era. Y acontece que tampoco es fácil topar con un traductor e intérprete tan diversa y contradictoriamente juzgado como Poggio Florentino, cuya interpretación constituye este incunable que ahora nos ocupa y otros cuatro de que tengo noticia, tres anteriores al nuestro y uno posterior, así como algunas ediciones del siglo XVI.

Para saber lo que Diodoro se propuso al escribir su historia, prototipo de las historias antiguas según la norma a que me referí, y aun para juzgarle con elemental criterio de justicia, basta, pero es preciso, después de conocer lo que nos resta de su obra, leer lo que él mismo nos dice en lo que pudiéramos llamar prólogo o prefacio de ella. ¿Logró Diodoro, después de los treinta años de trabajo a que alude (*triginta annos in hoc opus absumpsimus*), dejarnos una verdadera historia en la que por adelantado cumpliese el precepto horaciano de juntar lo útil con lo agradable, según perseguía? Es tema muy estudiado y gastado, y sobre el cual no he de escribir aquí ni una palabra, como tampoco debo decir nada acerca de las máximas morales y reglas de buena política de que están esmaltadas sus páginas, dignas por ello de la selección ejecutada por orden del emperador *Porfirogeneto*. Considero, en cambio, útil recordar en estos apuntes, meramente informativos, que Juan Luis Vives, en su *De tradendis disciplinis, libri V*, contradiciendo a Plinio, que en el Prefacio de su *Historia Natural* había afirmado que fué Diodoro el primero de entre los griegos que había renunciado a la bagatela (*apud græcos desiit nugari Diodorus*), afirmó, por el contrario, que no existe nada tan fastidioso y frívolo como Diodoro (*quum nihil sit eo nugacius*), y que por el prestigio de nuestro inmortal polígrafo valen-

ciano empezó a ser admitido y copiado este juicio, hasta llegar a convertirse en lugar común, entre los que piensan por cuenta ajena, que Diodoro no pasa de ser un genio muy mediocre. Pero bueno es añadir, para poner las cosas en su punto, que Vives no estampó su despectiva frase sino en consecuencia de su concepto ciceroniano de la historia, y que en su detracción metió nada menos que al propio Herodoto. Por eso Adolfo Bonilla, gran panegirista de Vives (48), afirma, sin empacho, que no procedió éste «con entera justicia» al dejar tan malparados a los historiadores griegos, y nos remite a la obra de Jerardo Juan Vossio: *De historicis græcis, libri IV*, en la que se vindica, entre otros, a nuestro Diodoro Sículo. Lo cierto es que frente a la opinión de Vives y de quienes le siguen ciegamente, se levanta la de aquéllos, más y menos apasionados, que sin negar los defectos de Diodoro y sin llegar a la exageración de Henri Etienne, para quien aquél brilla entre todos los historiadores como el sol entre las estrellas (49), estiman con San Justino que es Diodoro el más famoso de los historiadores griegos por sus investigaciones y por lo extenso de su obra y suscriben el parecer de Eusebio, en su *De Evangelica Præparatione*, cuando le tiene por hombre universalmente respetado a causa de haber reunido en un solo cuerpo la historia de todas las naciones conocidas (50).

Menos extrañeza han de producirnos los ataques y diatribas de que fué objeto Gian Francesco Poggio Bracciolini (1380-1459), toscano que fué llamado *Florentino*, porque a pesar de ser viajero incansable que se alargó hasta Inglaterra, estuvo siempre en relación con los humanistas

(48) Siempre resultará pálido cuanto se diga en elogio de la obra de nuestro inolvidable compañero y querido condiscípulo mío Adolfo Bonilla: *Luis Vives y la Filosofía del Renacimiento*. Memoria premiada por esta Academia de Ciencias Morales y Políticas en concurso del año 1901. (Madrid, Imprenta del Asilo de Huérfanos, 1903.)

(49) "Quantum enim solis lumen inter stellas, tantum, inter omnes, quotquot ad nostra tempora pervenerunt, historicos noster hic Diodorus eminere dici potest." (*Brevis tractatus de Diodoro*.) Y ni que decir tiene que todavía sintió Etienne más acuciosa la necesidad de vindicar a Herodoto, escribiendo, al efecto, su clásica y repetida *Apologie pour Hérodote*....

(50) Véanse, a este propósito de las opiniones encontradas sobre Diodoro, el *Préface* del abad Terrasson, en su *Histoire Universelle de Diodore de Sicile* (Paris, 1737-1744), y el de Ferd. Hæfer, en su *Bibliothèque historique de Diodore de Sicile* (Paris, 1846).

florentinos, en Florencia residió mucho tiempo y llegó a ser canciller de la República (51), y en dicha ciudad se casó, y finalmente murió el día 30 de octubre del año 1459. En la nota 13 (correspondiente a mi examen del incunable Herodoto) me referí, de pasada, a una invectiva de Poggio contra Lorenzo Valla; y momento es de añadir que no las escatimó, extraordinariamente violentas, no sólo contra Valla, sino también contra el más célebre de los humanistas, Francesco Filelfo, y un tanto más moderadas contra el gramático Niccolò Perotti, y contra Guarino Veronese, y contra el antipapa Félix V, y contra el obispo Jacopo Zeno, y contra la Orden de los Menores; y en su *de Nobilitate*, contra la aristocracia veneciana, y contra muy ilustres personajes, todavía vivos, en su famoso y obsceno *Facetiarum liber*, impreso y reimpresso hasta la saciedad en repetidos incunables y en el transcurso de la décimosexta y posteriores centurias. En aquellos tiempos en que la amistad contaba en muy poco y el compañerismo literario en nada, fué muy natural la defensa de los atacados, y si no todos llegaron al punto de Domenico Giorgio, hombre colérico que abofeteó al Poggio, aunque fué por éste debidamente respondido, no anduvieron tampoco mancos de la pluma Valla y consortes, originándose, a semejanza de lo que más tarde aconteció en España entre lopistas y enemigos de Lope, una *guerra literaria* que especialmente se concretó en la poggiana *Invectiva in Laur. Valla* y la contestación vallense *Invectiviarum contra Pogium, libri sex*. Con mucho cuidado ha de caminar el crítico, para separar lo que por una y otra parte fué justa defensa de agravios inmerecidos, de las calumnias y mentiras arrancadas por la pasión y nunca disculpables. Por eso ha de ponerse en cuarentena, aunque no exista repugnancia en admitirla, la alegación del citado Domenico Giorgio cuando reprochaba a Poggio haberle arrancado la gloria de la traducción del Diodoro que constituye nuestro incu-

(51) Muratori, XX, col. 174, A y B del cap. X. *Florentiam repetit, ubi & cancellarium sit, & inter Priores Artium cooptatur.* (..... portæ S. Mariæ ubi hæc habentur. D. Poggius ob. Guccii Poggii de Bracciolinis de Terranova civis Florentinus, Doctor egregius, ac Doctor famosissimus, & ad presens Inempe anno MCDLIII benemerito Cancellarius Florentinus.)

nable, y también ha de rechazarse, mientras no se demuestre cumplidamente, el aserto de que la traducción de que trato sea obra del inglés Juan Phréas, que fué maestro en Roma y murió el año 1465 al ser nombrado obispo de Bahts. Pero lo que en modo alguno puede admitirse, en el estado actual de la crítica humanística, es la afirmación de Vincent Opsopeus, filólogo alemán nacido a fines del siglo XV y muerto en 1539, a quienes algunos confunden con el médico y erudito, asimismo alemán, Juan Opsopeus u Obsopeus, autor de *Oracula Sibyllina* y también eminente filólogo (52). Dijo Vicente Opsopeo, y nadie le creerá a pie juntillas, que Poggio no sabía griego y sabía poco latín, aunque de lo contrario presumía, por lo que era absolutamente incapaz de hacer una traducción como la de Diodoro, que exigía mucho del uno y del otro (53).

Pese a las diatribas de sus impugnadores justamente ofendidos, y aun descartadas las alabanzas de sus partidarios más imparciales y serenos, entre los cuales cuentan muy prestigiosas figuras, es lo cierto que Poggio, hombre, en efecto, *malédico e calumnioso*, en frase de Tiraboschi, y que, por las alegrías y desvergüenzas de sus *Facetas*, mereció que al pie de su busto grabado en 1713 por Bernard Picart, se dibujase la cabeza del dios Pan entre dos énflos de varios cañones desiguales (54), fué uno de los humanistas más doctos del Renacimiento, conocedor no solamente del griego y del latín, sino también de la lengua hebrea, y que aparte sus obras originales, entre las que destaca la *Historia Florentina*, más tarde publicada por su hijo Jacobo, prestó a la cultura inestimables aportaciones

(52) Por ejemplo, Bouillet, en su excelente *Dictionnaire Universel d'Histoire et de Géographie*, septième éd. Paris, Hachette et Cie, 1850. En cambio, nuestra Enciclopedia *Espasa* distingue perfectamente a ambos eruditos humanistas y filólogos.

(53) Vid. Terrasson, *loc cit.*

(54) Reproduce este grabado John. Grand-Carteret en su obra: *L'Histoire, La Vie, Les Mœurs et la Curiosité par l'Image, le Pamphlet et le Document (1450-1900)*. Paris, 1927 [Al fin: 1926], 1928. Tomo I, fig. 78, p. 104. Es interesantísimo este trabajo, en cinco tomos, redactado con la colaboración de muchos autores y riquísimamente ilustrado con XXVIII láminas coloreadas en cada tomo e infinidad de grabados o figuras, que sólo en el tomo I, a que ahora me refiero, suman 405, y ascienden a un total de 2.359 en los cinco volúmenes, cuyas letras capitales de principio de capítulo están, además, reproducidas de antiguos textos.

con repetidos y valiosos descubrimientos de autores clásicos griegos y latinos. Colón de los archivos le llama Robert F. Arnold (55), y la de descubridor fué, en efecto, su mayor gloria, cuyos primeros destellos se manifestaron en 1414, cuando distrayendo los ocios de sus servicios en el Concilio de Constanza, visitó y escudriñó el cercano monasterio de Saint-Gallo, encontrando, entre otros antiguos códices, *un Quintiliano*, todavía sano y salvo, aunque lleno de polvo y de basura, porque los libros de aquella biblioteca monástica no se guardaban como su dignidad requería, sino en una subterránea y oscura cárcel, expuestos a su total destrucción. Nos cuenta esto y otras interesantes cosas, el mismo Poggio, en una epístola dirigida a un su amigo Juan, en la que puede apreciarse su maestría en el género epistolar en que fué tan fecundo (56). Y no siempre se mostró Poggio violento y desalmado en sus relaciones con los demás, según lo acredita, entre otros muchos casos que me fuera fácil recordar, el de Leonello, hijo del marqués de Ferrara, Niccolò III, a quien a pesar de no ser discípulo suyo, sino de Guarino Veronese, a quien tan poco quería Poggio, le escribió una carta animándole y alegrándose de que prosperase en sus estudios. A la buena cuenta del *Florentino* honorario habrá que poner también, sin que por ello se justifique el modo con que ejecutó su designio, de defensa que indirectamente hizo de Nicolás V, de quien recibía honores y provechos traducidos en ducados, al combatir al llamado Félix V, de ilustre familia y varón excelente, digno de mayor respeto. Para no dilatar más esta semblanza moral, concluyamos observando la digna mesura con que se produce Poggio en la

(55) *Cultura del Renacimiento*. Traducción de Salvador Minguijón. Segunda edición (con 16 láminas, 1928. Barcelona, Colec. Labor. Sec. VI, número 21.

(56) Muratori, XX, págs. 160-161. *Epistola Poggi ad Johannem Amicum suum*.... Est autem Monasterium Sancti-Galli prope Urbem hanc millibus passuum XX. Itaque nonnulli animi laxandi, & simul perquirendorum librorum, quorum magnus numerus esse dicebatur, gratia eo perreximus. Ibi inter confertissimam librorum copiam, quos longum esset recensere. Quicquid librorum comperimus ad huc salvum & incolumem, plenum tamen situ, & pulvere refertum. Erant enim in Bibliotheca Libri illi, non ut eorum dignitas postulabat, sed in teterrimo quodam & obscuro carcere, fundo scilicet unius turris, quo ne vita quidem dammati detruderentur.... Consulte, quien desee saber más sobre los descubrimientos de Poggio, el tratado de éste: *De Varie-tate Fortunæ*.

epístola (de nuestro incunable) dirigida al mismo Pontífice Nicolás V, en la que muy justa y verazmente le dice que gracias a su liberalidad se decidió a emprender la traducción de Diodoro (57).

Del impresor Felipe Pincio de Caneto o Pincio Mantuano nada hay que decir sino que actuó en Venecia del año 1490 al 1500, que tuvo por acostumbrado corrector a Benedito Brognolus, a quien ya he aludido de pasada, y de quien tendré que ocuparme en el examen de un nuestro incunable de Diógenes Laercio, y que no fué de los más destacados artistas del tórculo, aunque hizo buenas ediciones que conozco, ni siquiera de quienes imprimieron con pocas erratas, según queda largamente acreditado en el estudio que precede.

(Continuará.)

(57) Siguiendo mi propósito de indicar las principales fuentes en que se puede satisfacer el conocimiento de cada personaje, quiero recordar aquí, en primer término, la obra de Jacobo Lenfant—ya aludida en el texto—, *Poggiana, ou la vie, le caractère, les sentences et les bons mots de Pogge Florentin*..... (Amst., 1720), en la cual, según Muratori, “Vitam Poggii multis persecutus est, atque illius Historiam Florentinam, quantum potuit, illustravit” Y como complemento y consecuencia de esta obra, la de Giov. Batt. Recanati: *Osservazioni Critiche ed apologetiche sopra il libro del signor Jacopo Lenfant intitolato Poggiana* (Venez., 1721); y la de Bernard de La Monnoye: *Remarques sur le Poggiana* (Par., 1722). Cita estos tres libros Oettinger (loc. cit.), y con otro de William Shepherd, también el muy interesante de Justus Christian Torschmit: *Dissertatio de F. Poggi Bracciolini vita et meritis litterariam* (Witebb., 1713).